







El manifiesto de los plebeyos y otros escritos

Gracchus Babeuf

Ediciones Godot
Colección Exhumaciones

Babeuf, Graco El manifiesto de los plebeyos y otros textos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2014. 160 p. ; 20x13 cm. ISBN 978-987-1489-84-8 1. Filosofía. I. Título CDD 190

El manifiesto de los plebeyos y otros escritos
Gracchus Babeuf

Corrección
Gimena Riveros

Traducción
Victoria Pujolar

Foto de tapa
Víctor Malumíán

Diseño de tapa e interiores
Víctor Malumíán

Ilustración de Gracchus Babeuf
Marcos Santos :: www.santos-dibujos.com.ar

Pattern interno creado en base a xilografías del libro:
The History of Four-footed Beasts and Serpents (1658)

Ediciones Godot
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

Impreso en Color Efe
Paso 192, Avellaneda, Buenos Aires
Junio de 2014.

El manifiesto de los plebeyos

Carta de Gracchus Babeuf
a Joseph Fouché, de Nantes¹

París, 17 Brumario, año 4 de la República,

Ciudadano:

Lejos de los defensores del pueblo, lejos del pueblo mismo, esta diplomacia, esta pretendida prudencia maquiavélica, esta política hipócrita que no es buena más que para los tiranos, y que en estos últimos tiempos emplean los patriotas, les ha hecho perder los frutos más bellos de la victoria del 13 Vendimiario. Reflexiones, fundadas sobre todo en los ejemplos, me han dado la convicción de que, en un estado popular, la verdad debe aparecer siempre clara y desnuda. Siempre hay que decirla, hacerla pública, hacer al pueblo entero confidente de cuanto concierne a sus intereses más importantes. Las circunspecciones, los disimulos, los apartes, entre las camarillas de hombres selectos y pretendidos reguladores, no sirven más que para matar la energía, falsificar la opinión, hacerla fluctuante, incierta, y, de ahí, despreocupada y servil, y dar así facilidades a la tiranía que puede organizarse sin obstáculos. Eternamente convencido de que nada grande se puede hacer sin contar con el pueblo, creo que es necesario, para hacerlo, decirle todo, mostrarle sin cesar

1. Publicado en *El Tribuno del Pueblo*, N° 25, 1795.

lo que hay que hacer, y temer menos los inconvenientes de la publicidad de que disfruta la política, y contar más con las ventajas de la fuerza colosal que evita las trampas de la política...

Hay que calcular toda la fuerza que se pierde dejando a la opinión en la apatía, sin alimento y sin objetivo, y todo lo que se gana activándola, esclareciéndola y mostrándole un objetivo. Creo que es mi deber referirte estos argumentos, ciudadano, porque eres tú la causa de todo este alboroto que se hace contra mí y mi pobre número 34. Son tus portavoces los que ayer por la noche acudieron a los lugares en donde se reúnen los patriotas para dar la alarma contra esta producción. Te refiero estos argumentos porque tengo todavía la vanidad de creer que valen tanto como aquellos que tú quisieras hacer prevalecer sobre mi gran principio; que, en estos momentos de terrible extremidad, la política, para aquel que no piensa más que en el bien del pueblo, es soberanamente impolítica.

Seguramente no te convertiré. No tengo esta pretensión. Pero tú no deberías tener, tampoco, la de condenarme, o, lo que es casi lo mismo, de provocar sobre mí las maldiciones de mis hermanos, cuando ves que no me puedes someter a tu creencia. Tú no debes juzgarte infalible, como yo tampoco sostengo serlo. Debes contar tanto menos con tus medios habituales; es decir, con el artificio y la astucia que estimas indispensables para hacer triunfar la justicia sobre la iniquidad. Debes, digo, tanto menos contar con estos medios cuanto que, aun aceptando aquello de que te vanaglorias, que has intrigado constantemente desde hace quince meses por la democracia, la más desgraciada experiencia prueba que no has logrado ningún éxito. Por lo tanto, es probable que tu camino no sea el bueno; no debes tomar a mal que yo busque otro totalmente diferente. Tampoco debes pretender imperativamente dicitarme la lección ni tener el derecho de despreciarme por todas partes si me niego a someterme.

Demasiado se ha dicho durante cierto tiempo que tú eres mi mentor; soy demasiado orgulloso para soportar, siquiera, que semejante idea pueda llegar a la opinión. Si has pensado poder realizar lo que en otro tiempo no fue más que una falaz suposición de los enemigos del pueblo, te equivocaste. Recibiré tantos consejos como quieran darme; pero no quiero que degeneren en lecciones de caticismo. ¿Sabes que a eso se parecía nuestra conferencia de dos o tres horas del 14 Brumario? Tómate la molestia de recordar cómo desempeñaste el papel de maestro y cómo me colocaste en el de alumno. ¡Mi amor propio sufrió de semejante situación!

En efecto, ¿cómo no sentirse humillado quien ha imaginado ser el guía de su país, al ver llegar a alguien que le ofrece sus luces, y pretende casi garantizarle que aquellas son más preferibles que las propias? Hay gente a la que le encanta poner de relieve el espíritu de los otros, confieso que tal no es mi caso. Yo no soy nada con ropa prestada. Yo no soy yo, más que con mi propio ropaje, y sería el primero en no reconocerme, si quisiera adornarme con los más bellos plumajes que me fueran ajenos.

No había nada que pudiera, pues, llevar al ciudadano Fouché a provocar, ayer por la noche, una insurrección contra mí, en todos los cafés patrióticos. Me alegra haber dispuesto, tres horas antes, de testigos tales como Antonelle y dos ciudadanos más, que pueden certificar las disposiciones preparatorias que adoptó y los reproches que me hizo por no haber sometido, antes de la impresión, mi número a su censura; añadiendo que, mediante ciertas supresiones, me habría hecho obtener seis mil suscripciones del directorio ejecutivo; que debía seguir los pasos de Méhée² y Réal³, quienes según él son ahora hombres por

2. Méhée de La Touche, agente contrarrevolucionario que formó parte de la policía secreta del Antiguo Régimen. [N. de E.]

3. Periodista en el *Journal de l'opposition*. Amigo de Joseph Fouché. [N. de E.]

excelencia; que bien se hubiera encargado él, Fouché, de pagar las cuatro a cinco mil libras de gastos de impresión de mi número, a fin de que no apareciera antes de haber sufrido, de su parte, la prueba de la censura.

Qué rico te has vuelto, Fouché. Cuando partí para ir relegado al Norte, pensé poder depositar en ti bastante confianza para recomendarte a mis hijos. Fueron a verte. Les remitiste un día diez francos. Fue todo el interés que te tomaste por la familia de una honorable víctima del patriado. Hoy sacrificarías de cuatro a cinco mil francos para ahogar algunas verdades. Este último objetivo merece mucho más que el otro conmover tu corazón.

Hace un año, Fouché, se hallaba en funciones, junto al gobierno de entonces, otro director o síndico de la librería: era Lanthenas. Me escribió. Conservo sus cartas, y puedo todavía mostrar propuestas parecidas a las tuyas, si bien insinuadas con un poco más de rodeos. Te doy la misma respuesta que a Lanthenas. No quiero ningún censor, ningún corrector, ningún apuntador: yo opto aún por la persecución, si es necesario; no quiero de ninguna forma de ponerme al diapasón de los Méhéés, y persisto en sostener, contra ti, que ha llegado el momento de decir todas las verdades.

Puedes conspirar con el gobierno actual: ya se sabe que todo gobierno conspira. Yo declaro que también entro en una conspiración. Puedes poner tantos confidentes como quieras en campaña, jamás la destruirás.

Si esta epístola debiera ser leída por patriotas, yo les diría lo siguiente: acuérdense que hace un año yo tenía más razón solo que todos los jacobinos juntos. Reclamaba a gritos la constitución de entonces. Si la hubieran reclamado al mismo tiempo que yo, habrían salvado al pueblo y se habrían salvado ellos mismos. Por el contrario, se opusieron a mí durante mucho tiempo y procuraron constantemente retrasar el momento de la aplicación de esa constitución. Finalmente, reconocieron que yo veía

más claro que ellos y vinieron a hacer coro conmigo. Pidieron, por bocas de Barrere y Audouin, el pronto establecimiento del régimen constitucional; pero era demasiado tarde. Algunos días después, su sociedad murió asesinada. Su reclamación, por consiguiente, no tuvo ya fuerza.

El momento de la temporización ha pasado. Ya no se puede esperar. Se dice que hay que dejar que se rehaga la opinión pública. Está suficientemente hecha. El pueblo siente demasiado el exceso de sus males; no puede soportarlos por más tiempo. Para socorrerlo, no hay más rápido remedio que el de ponerlo en lucha contra sus enemigos, contra cuantos son la causa de todo lo que sufre.

Querer que espere es pedir que cada día crezca la fuerza destructiva que despuebla nuestro país con progresos terriblemente rápidos, que nos envía a cada uno de nosotros, uno tras otro, a la muerte, con lentas y horribles angustias.

Maldito aquel que a la vista de este desastroso espectáculo permanece frío y predica la paciencia.

Tu extrema actividad, Fouché, para obstaculizar mis esfuerzos cívicos, no permite que yo me dispense de dar publicidad a esta carta. Se trata de algo demasiado serio tanto para la patria cuanto para mi honor personal. Esta misma carta servirá para fortalecer, a los ojos de los patriotas, las observaciones que ya han hecho sobre ti. Tienes relaciones con el por y el contra; te insinúas dentro de todos los partidos; has pasado por encima de todas las proscripciones, y parece que solo se ha hecho como si se te persiguiera; no se sabe qué pensar de ti.

Distínguese ahora, vengándote del insulto hecho a la última constitución. Sin duda la ocasión es propicia. Jamás has abierto la boca para defender la democracia. Sería un acto de valor para ti y cuantos te sirvan de eco poner el grito en el cielo contra todos los que atacarán esta obra maestra de los once. ¡Amigos míos, tendrán al gobierno de su lado! Cuando hubiera sido necesario defender la cons-

titución popular, tenían al gobierno en contra: por ello, prudentemente, no dijiste nada.

Firmado: **G. Babeuf.**

* * *

Se comprende cuáles fueron las circunstancias que dieron lugar a esta carta. Mi número 34⁴ promovió absolutamente una revolución. Apenas había aparecido, apenas se había tenido tiempo de leerlo, cuando fue juzgado incendiario, ultrarrevolucionario, calificado de *antorcha de anarquía* y de *manzana de la discordia* lanzada en medio de los patriotas. Grupos, cafés, periódicos, todo resuena, desde el mismo día y el siguiente, con el nombre de *Tribuno del Pueblo*, al que los calificativos de faccioso, sedicioso, perturbador, agitador, le fueron tan prodigados como lo habían sido a todos los tribunos, porque quiere ser los que fueron casi todos, desde el autor de la retirada al Monte-Sagrado, hasta los que comenzaron a venderse bajo Oppimius, el asesino de los Gracos.

¿Y de dónde viene esta efervescencia? Únicamente de la intromisión de Fouché de Nantes. ¿Y por qué se entromete Fouché? Porque evidentemente se interesa en que la opinión sea esclarecida tan solo ministerialmente: porque se había propuesto ser mi apuntador, mi corrector, mediante seis mil suscripciones del directorio; y porque yo no he querido verme ni apuntado, ni corregido, ni sobornado. Esta cuestión es de interés público, más de lo que se podría pensar. Por ello, a pesar de mi adversión hacia todo aquello que parece personal; a pesar de mi intención bien precisa de no hacer de este periódico una arena de discusión polémica, me

4. Babeuf se refiere a la edición número 34 del periódico *Le tribune du peuple* [*El tribuno del pueblo*], que dirigía al momento de escribir esta carta. [N. de E.]

encuentro indispensablemente empeñado en destruir los sofismas que han podido causar una impresión peligrosa en el espíritu de los patriotas, y en rechazar las infamias que me hayan podido arrebatarse parte de la confianza que quizá la patria necesite que yo no pierda.

La parte de la intriga que se relaciona con los motivos de la transacción que querían hacer conmigo, y con los medios empleados para consumarla, está ya esclarecida. No me queda más que arrancar el velo de las pequeñas maniobras practicadas después del mal resultado de la negociación, para transformar en nulo y odioso todo lo que yo escribo, puesto que no se podía esperar forzarme a escribir lo que ellos quisieran.

Tengo que ajustar cuentas a los subalternos charlatanes, que en los cafés y en otras partes han sido dóciles a la lección que les fue dictada por el negociador jefe. Tengo que castigar igualmente las plumas fáciles que se prestaron, acaso con excesiva premura, a frasear las pretendidas faltas que me imputaba un hombre destinado, en apariencia, a hallarse desde ahora al frente de la oficina del espíritu público.

Conocemos a estos emisarios subordinados que han cumplido su tarea con tanto celo. Antes ejercían funciones más dignas de amigos de la libertad. Algunos fueron mis amigos. Los perdonamos si llegan a mostrar que fueron engañados. Proclamaremos sus nombres en voz alta, les confeccionaremos uno de estos trajes nuevos que, condicionados por nuestra mano, no se usan tan pronto, si reconocemos que han secundado servilmente la intriga por haber entrevistado en ello un incensivo inmediato de interés personal.

Charles Duval, Jacquín, y tú, Méhée, singular patriota del 89, acérquense todos para ser desmenuzados. No acudan en tropel para que podamos entendernos.

Primero, Charles Duval.

Afirmas, ciudadano, tras haber hecho acto de constricción por el soberbio anuncio de la reaparición del

Tribuno, que buenamente hiciste en tu número 7 del 14 Brumario, que no tienes miedo a declarar que tu opinión sobre nuestro número ha sido la de todos los amigos de la República, y que todos ellos desaprueban las imprudentes páginas que pueden hoy prender de nuevo la tea de la discordia, servir la causa del rey y perder a la patria... Más aun, que acusas bien alto, que denuncias en nombre de los patriotas esta hoja imprudente, que podía ser una tea de guerra civil... Voy a recibir las acusaciones de todos. Después, se les responderá.

Acércate, Jacquín.

En el número 12 del *Journal du Matin* [*Diario de la Mañana*] de la República francesa, que imprimes en la calle Nicaise, dices: que nuestro número es la diatriba más imprudente y la más facciosa; que la necesidad devoradora de la anarquía ha dictado todas sus líneas; que el monarquismo aguarda mucho de esta nueva llamarada de discordia; que el fiscal público y el *Courrier* pretendidamente republicano hicieron menos para la contrarrevolución que nosotros, a quienes obsequias con el ostentoso epíteto de *furioso populachero*. Un momento de paciencia. Alíneate a un lado.

Es tu turno, grueso, pesado y obtuso Méhée.

He aquí lo que escribiste en tu *Patriote* del 89, del 17 Brumario: “Si yo fuera realista, conocería un buen medio para hacer subir mis acciones. Haría de tal modo que los chuanes pudieran declarar en la tribuna: Los terroristas levantan cabeza; no pueden dudar de su infame coalición. Aquí están, provocando la aniquilación de la constitución que han decretado; aquí están, reclamando a gritos la del 93; uno de sus periodistas acaba de hacer formalmente la propuesta, etc. Si yo fuera realista haría yo mismo, o daría a hacer, el detestable número que acaba de aparecer bajo el nombre de Gracchus Babeuf”.

En verdad, señores, se ponen de acuerdo bastante bien. Las diferentes religiones se identifican, y a la luz

de la sorprendente similitud de sus frases se transparenta un tanto que, mientras nosotros queremos prescindir de apuntables, ustedes no hacen lo mismo. En ustedes se nota el gran efecto de la moral del día, cuyas admirables máximas son: paz, concordia, calma, reposo, a pesar de que morimos casi todos de hambre; fijado está definitivamente, tras seis años de esfuerzos para conquistar la libertad y la felicidad, que el pueblo será vencido; resuelto está que todo debe ser sacrificado a la tranquilidad de un pequeño número; la mayoría no está aquí abajo más que para satisfacer sus pequeños placeres. Debe sufrirlo todo y jamás quejarse; no debe contrariar en nada a la clase predestinada, a la que no debe llegar ni el más leve murmullo, mientras se complace en tomar las medidas precisas para borrar en poco tiempo del reino de los vivos a las tres cuartas partes de la multitud. No es el momento de caldear los espíritus, dicen ustedes. Tenemos un gobierno, hay que darle el tiempo de actuar. Yo digo que el pueblo tiene menos tiempo todavía para morir de hambre, prescindir de leña y de ropa; yo digo que ha vendido sus últimos harapos para comer; que no puede ya comer porque no tiene nada más para vender, y que, sin embargo, cada día los precios de todos los objetos de absoluta necesidad son cada vez más inabordables; yo digo que esto no puede seguir, y que está ya permitido quejarse del gobierno; si no tiene inmediatamente los medios para que cese este cruel estado de cosas, yo digo que debe, en su defecto, buscarlos e indicarlos.

Pero volvamos a tu ataque particular, Charles Duval, y sujetémonos a tus propias palabras: Hay que reunirse, dices, hay que asentar la República; hay que ocuparse de la subsistencia y de la felicidad del pueblo; hay que reprimir el acaparamiento y el agiotaje, terminar con el monarquismo y el fanatismo que crean por todas partes nuevas Vandeas...

¡Pero, por Dios! ¿De qué otra cosa nos ocupamos,

pues? Justamente todo esto es lo que llena nuestro periódico. Desafío a quien encuentre en él una sola línea que no tienda a asentar la República, a garantizar la subsistencia y la felicidad del pueblo, a reprimir el acaparamiento, a terminar con el monarquismo y el fanatismo. Tu querrela es absolutamente injusta y no percibes lo que hemos hecho. ¿Redactor del *Journal des Hommes libres* [*Diario de los Hombres libres*], leíste nuestro número?

En un artículo que sigue al que me criticas, dices: “No hay necesidad de golpe para derribar al gobierno. Si es malo, si viola o reconoce los derechos del pueblo; si la igualdad, única finalidad de una revolución sensata, no se encuentra; en fin, si la libertad pública y privada es nula, y por consiguiente la felicidad del pueblo se reduce a nada, entonces, la opinión no estará de su lado y se derrumbará él solo; la insurrección de los espíritus deviene general, y le asesta el golpe mortal. La opinión fue y será siempre dueña del mundo”. Por esta razón, disputamos y estamos de acuerdo. Tu *Si* establece, me parece, que podría ocurrir que nuestro gobierno actual fuera malo; que los derechos del pueblo fueran violados o no reconocidos; que la igualdad, única finalidad de una revolución sensata, no se encontrara; en fin, que la libertad pública y privada con él fuera nula, y, por consiguiente, la felicidad del pueblo sea reducida a nada.

Si admites esta posibilidad, debes convenir, por una necesaria consecuencia, en el derecho de cambiar las presunciones por certitudes, en el derecho de examinar si tal gobierno, que se sospecha sea malo, lo es sí o no. Por lo tanto, me parece que el examen debe extenderse inevitablemente a las bases institucionales de este gobierno.

He aquí cómo has llegado, conmigo, a deducir la necesidad y la entera facultad de contemplar con absoluta libertad los fundamentos de la máquina política; y sin embargo, en la anterior página me reprobabas por haberlo hecho. Afirmas que todo gobierno malo, por la única

razón de serlo, se derrumba solo, como consecuencia de que la opinión le es desfavorable, porque entonces la insurrección de los espíritus deviene general, y asesta el golpe mortal.

¡Charles Duval!, me has hecho el favor de reconocer que soy un buen republicano, cuyas intenciones son puras. Yo te devuelvo la misma justicia. Pero si no dudas en calificarme de imprudente, me parece que por mi parte puedo decirte que no sos un buen lógico. Si solo se tratara, para hacer caer a los malos gobiernos, de esperar a que sean malos, y a que la opinión sea desfavorable sobre ellos, ante todo la cuestión resultaría excesivamente cómoda; no habría que hacer nada para ayudar a su derrocamiento; bastaría la paciencia, y haría tiempo que no habría más que gobiernos buenos en el universo; Francia no habría permanecido durante catorce siglos bajo el azote de hierro de la monarquía, y no nos estrangularía el hambre desde hace quince meses, bajo la atroz barbarie del patriciado.

La opinión fue y será siempre la dueña del mundo. Nada más verdadero que este axioma. Pero cuando lo extraes de Maximilien Robespierre, que, dicho sea de paso, sabía tanto como nosotros, me parece que no deberías olvidar lo que añade: Que como todas las reinas, se ve cortejada y a menudo es engañada...

Que los déspotas visibles tienen necesidad de esta soberana invisible, para reforzar su propio poderío, y que nada olvidan para poderla conquistar... Que la suerte del pueblo es la de compadecer cuando tan solo lo adoctrinan los que tienen interés en perderlo, y que sus agentes, que son de hecho sus amos, se hacen pasar todavía como sus preceptores...

Terminaré por decirte, Duval, que cuando no se sabe exponer mejor los razonamientos, no se debe tomar jamás este tono doctoral y este aire capaz. Además, me parece que no sos quien pueda hablar tan alto; que nunca mereciste la proscripción; que fuiste tan prudente que ja-

más llamaste la atención de los Nerón, Mario o Sila; que nunca mostraste más valentía que la que manda la ley; que callaste cuantas veces lo exigía tu seguridad personal; que gritaste siempre mucho contra el enemigo vencido, pero que jamás atacaste de frente al crimen vivo y reinante. Después de todo eso, ¿pretendes proclamarte el *Decano de los Hombres Libres*? ¿Te atreves a pronunciar, en nombre de todos los patriotas, una condena, más aun, un anatema, sobre un trabajo que no osarías refutar en regla, y que es semejante a todo lo que nos ha valido el odio y la persecución de la tiranía, y el amor de todos los hombres de bien, que han admirado nuestra devoción? ¿Acaso porque eres débil y pequeño te avergüenza vernos fuertes y grandes? ¿Humillado por nuestra altura quieres rebajarnos a tu nivel? Nosotros, por el contrario, pretendemos hacerte ascender al nuestro, o bien, del grado de oficial-general al que parece pretendes, no te contaremos más que entre los pequeños tiradores y los soldados perdidos del ejército, que van, vienen, avanzan y huyen, según ven que hay o no peligro. Y desde luego, piensa que tu partido quizá no es el nuestro y que tu doctrina, por consiguiente, no debe ser la misma. No parece reunir alrededor de ti más que republicanos, título común y muy equívoco: así, no predicas más que una República cualquiera. Nosotros reunimos todos los demócratas y los plebeyos, denominación que, sin duda, adquiere un sentido más positivo: nuestros dogmas son la democracia pura, la igualdad sin mancha y sin reserva.

No voy a ser tan pesado con el señor Méhéé, anteriormente ciudadano Felhémési, anteriormente caballero de la Touche, anteriormente digno secretario de su alteza el príncipe de Salmo. Suficiente será decirle, a este hombre grande y gordo, que no debe jamás poner en duda lo que existe de hecho. Todo el mundo sabe que no es medio monárquico y chuan; que después de Frerón fue constantemente la segunda trompeta desde el 9 Termidor, y que

él y su digno colega Réal, estos hombres que se valen el uno al otro, no han dejado de sumarse a ellos, puesto que se asegura que Réal acaba de ofrecerse como defensor de Cormatin, como hace tiempo, se había ofrecido al espectador francés Delacroix. Todo el mundo sabe que el detestable Méhée, que encuentra detestable mi número anterior, antes de mi proscripción, me atacaba encarnizadamente en su *Ami des citoyens* (Amigo de los ciudadanos) por Tallián; y que mientras proclamaba en él este principio, extraído de Loustalot, del que había hecho su epígrafe: “Es necesario, para la felicidad de los individuos, el mantenimiento de la constitución y de la libertad, que haya guerra irreconciliable entre los escritores y los representantes del poder ejecutivo”, tomaba contra mí la defensa del ejecutivo, contra quien, en efecto, yo aún hacía la guerra. Todo el mundo está bien convencido de que Méhée, jefe y corifeo de los chuanes y de los monárquicos, no dice la verdad cuando afirma que si fuera monárquico y chuan haría lo que yo hago. Yo digo que sin duda no dejaría de hacerlo si pensara tener éxito.

Vete de paseo, Jacquín de la calle Nicasia, ya no tengo tiempo de escucharte ni de refutarte. No sos más que una copia grotesca de aquellos a quienes acabo de dar audiencia; no vales ni la pena de que te reciba en privado. Toma de cuanto les he dicho lo que quieras...

Estaba en este momento de mi manuscrito, cuando los periódicos del 18, 19 y 20 Brumario me cayeron en las manos y me enteraron de que todas las sectas de periodistas, los ministeriales, los patricios, los monárquicos, me injurian a la vez. ¡Qué bacanal, qué horrible escándalo! ¿Cómo es posible que haya chocado a la vez a los patriotas y al millón dorado? ¿Al gobierno y a los amigos del rey? ¿De qué religión soy yo? Esto es lo que a los diferentes partidos les cuesta definir. Mientras el funcionario Louvet se hace escribir de Versalles una carta en donde se me acusa de jacobinismo y de monarquismo, él mismo, a la maña-

na siguiente, diserta para concluir, casi, casi, que en efecto tengo cierto aire de realista. Robespierre y Marat lo eran, asegura, y yo no soy más que su émulo. Réal y Méhée son del mismo parecer, y sin embargo no están de acuerdo entre ellos. El 18 me sitúan al lado de Richer-Sérizy, y me hacen tan peligrosos como aquel, y el 20 ya no soy más que una imaginación delirante y furiosa, cuyo estilo mismo ya no presenta más que asperezas, pesadeces y trivialidades. Mis expresiones están llenas de impropiedades chocantes, como si yo hubiera aspirado jamás al purismo, al lenguaje académico o de buena compañía, como el Señor Caballero Méhée de la Touche. ¿Qué importancia tendría, si yo pudiera salvar al pueblo el que parezca haya maltratado a la sintaxis, el que yo le haya hecho comprender la verdad con la jerga del barrio Marceau? El ciudadano Louvet, no me humilla tanto primero, ya que me presenta con rasgos de hábil impostor, que, ocupándose en escribir para la multitud, no parece ser del todo incapaz; pero termina, no obstante, incierto, sin saber si estoy o no loco.

¡Cuántos apuros! ¡Cuántas dudas! ¡Cuánta incertidumbre para pronunciarse sobre un hombre que ya se ha hecho conocer, cuya persecución ruidosa tuvo un motivo que nadie ignoró, y que no predica más que la misma doctrina que le mereció esta persecución! ¡Demócratas! ¿No recuerdan ya que me había comprometido solemnemente a observar este gran y útil precepto: *Que aquel que usurpe la soberanía sea al instante condenado a muerte?* Sí, es verdad, pero...

Conozco todo lo que quieren decir. Déjenme algunos meses antes de darles la respuesta. Una vez más quiero hacer observar la extraña concordancia con que los intérpretes de los cuatro partidos que existen en Francia y se han pronunciado, me condenan y me acusan de sembrar la división en el Estado. Vamos a ver esta identidad de opinión entre todos los sectarios.

Réal y Méhée son incontestablemente los sostene-

dores del patriciado; lo han probado sobradamente por su fidelidad constante hacia la gente honesta. Y Méhée y Réal han dicho: que yo atacaba el punto de apoyo de los patriotas, su centro de unión, y que tendía a dividir todos los corazones, y a destruir las más queridas esperanzas de todos los que quieren la República con la democracia. (Dicho sea de paso, la palabra *democracia* no está mal, saliendo de la pluma de los señores Réal y Méhée, si no fuera porque se contradice un poco pronunciar esa palabra y decirse amigo de la constitución del 95).

Louvet y su Sentinelle, conjuntamente con el Correo de París, son sin duda los primeros campeones del gobierno, ya que la existencia de uno está esencialmente ligada a su conservación, y que el otro ha hecho de él un gran elogio en uno de sus últimos N° 8. Y el Correo de París y Louvet dicen: el primero, que es necesario que el pueblo vigile sobre sus amigos, sobre sus nuevos tribunos; el segundo: que yo soy un hábil impostor que, como Marat y Robespierre me disfrazo de terrorista, para mejor servir a los realistas.

No se le puede discutir al *Journal des Français* [*Diario de los Franceses*] y al de Perlet, el título de defensores de la realeza, ya que uno ha mostrado sus méritos en calidad de sucesor del abate Poncelin, y que el otro dice también en su hoja del 20 Brumario, que Louvet debería reservar algo de su odio para los terroristas, sustrayéndolo de aquel que guarda para los realistas, de los que su imaginación multiplica el número en exceso. Y Perlet dice con motivo de mi número, que hay que abrir los ojos sobre los peligros que nos amenazan. El *Diario de los Franceses*, de su lado, advierte: que los Tribunos del Pueblo, los Amigos del Pueblo, los Oradores Plebeyos, agitan tanto como quieren los elementos con los cuales se remueve a los hombres; lo que hace presagiar una nueva crisis⁵.

5. *El Orador Plebeyo*, escandalizado sin duda, o espantado de encontrarse comprometido, se ha apresurado prudentemente a dar

En fin, Charles Duval es el general de los Hombres libres de todos los países. Su designación para este puesto, data ya de hace ya tiempo; y nadie, por muy valiente que fuera, sería bien recibido si quisiera disputársela. El empleo equivale al de jefe de los Plebeyos. Yo no sé todavía lo que hay que hacer para ser bien visto por esta sociedad, ya que Charles Duval, también, pretende que yo perturbo el orden civil.

Lo repito, ¿de qué secta soy yo pues?; ¿a qué casta pertenezco, si patricios, gubernamentales, realistas y plebeyos no me quieren? ¿Si todos me prueban y me rechazan igualmente? Me satisface en relación con los tres primeros, pero estaba yo tan orgulloso de haber ganado un lugar distinguido en el último; me parecía garantizado por el apoyo de la masa, y por mi tan prolongada proscrición. ¿Quién ha podido quitármelo? ¿Qué es lo que he hecho? Aún... si no hubiera más que Charles Duval que quisiera rechazarme. Pero el coronel parece apoyarse en una parte de los soldados.

Dos cartas que citaré más tarde son pruebas importantes que me lo confirman. Por divulgar estas pruebas, seré tratado otra vez de imprudente, y acusado de traición quizá por haber descubierto el más íntimo secreto de los patriotas; o al menos de los que tal se consideran.

¡Ah, que son simples los patriotas! ¿Cuál es pues este tan importante secreto que creen poseer? Que me maten si no les demuestro que no tienen ninguno, y que es su aire de tenerlo lo que nos hace todo el mal que sufrimos. He aquí la gran malicia de esa buena gente patriota: Van por ahí hablando alto y creyendo que hablan bajo, en los cafés, en los grupos, en otros lugares de reunión. Dicen lo siguiente, en presencia de espías, de soplones que no dejan de aparecer como ultrapatriotas: *Es necesaria la táctica; es*

a luz prematuramente, y a apartar toda sospecha, el 21 Brumario, en su primer número que no debía aparecer sino el 1° Frimario, de identidad de doctrina conmigo. Volveremos a ello dentro de poco.

necesario que los patriotas sepan ser políticos. Bien sabemos que todos los derechos del pueblo son usurpados o violados; bien sabemos que es avasallado y desgraciado. Pero no podemos salvarle más que gradualmente. Hagamos como que damos nuestro asentimiento al gobierno usurpador. Lo adormeceremos por este medio; pero conservaremos contra él nuestra segunda intención. Trataremos de aumentar nuestro partido, ganando de nuevo a la opinión pública, y cuando seamos bastante fuertes, nos lanzaremos sobre los fautores de opresión. Todo esto se dice sin creer ser escuchado; sin embargo, es el secreto a voces: se exagera la confianza, no se quiere ver nada hasta el extremo de creerse ellos mismos que se trata de un secreto impenetrable para los gobernantes; a los que nada transpira; que están totalmente engañados; que no toman ninguna precaución para protegerse de los resultados de esta mala imitación de Maquiavelo; que no es verdad que debemos enfrentarnos a gente capaz de emplear finura contra finura, ¡y a pillito, pillito y medio! ¡Oh, qué bonita es la política!

¿Y qué es lo que pasa? Que el gobierno, que ve todo, hace como que no ve nada, y deja hacer. Tanto a la parte de los dos senados que quiere restablecer la monarquía, como a aquella que quiere reforzar la tiranía aristocrática, les interesa en fin de cuentas esa actitud de los patriotas. He aquí el razonamiento de una y otra. Dicen que hay que dejar agitarse a sus anchas y con su sigiloso sistema a este puñado de demócratas y revolucionarios que no se ha cansado todavía, y que forma, entre el pueblo *sans-culotte*, la única porción que continúa ocupándose de los asuntos públicos; que hay que dejarles su pretendida política, que consiste en no quejarse contra el gobierno, y en engañarse con la falsa espera de vencerle en un momento favorable. Estos señores calculan, y quizá con bastante probabilidad, que ese momento no llegará jamás y he aquí por qué: los patriotas, con su sistema de silencio y de segundas intenciones, se engañan ellos mismos. Creen,

como he dicho, que el gobierno no ve nada de lo que proyectan ni de lo que quieren hacer, sin embargo es él quien ve todo.

Los patriotas, además, piensan que el pueblo percibe su secreto, que lo comparte y que se unirá a ellos cuando lo deseen; pero es precisamente el pueblo, al que no se le comunica nada, al que no se le dice ya nada contra los que dirigen; es precisamente el pueblo el único engañado con el pretendido misterio. No lo comprende. Se acostumbra a aguantar todo sin chistar. Se vuelve completamente indiferente y ajeno a los asuntos públicos. Se entorpece hasta el punto de ser incapaz de volver a interesarse por ellos. Se aísla de este puñado de patriotas activos, el cual, solo y abandonado, se convierte en la pequeña, muy pequeña facción de los prudentes, objeto de burlas, porque, de tan débil que es, resulta nula e impotente. Es así como la bonita política de los patriotas se vuelve contra ellos mismos. El gobierno, con razón, contribuye a este aislamiento, a esta separación de los patriotas activos y del pueblo.

Aplaude al sistema del silencio. Secunda la apatía y el alejamiento de la multitud de todo aquello que tiene relación con la administración pública. Tenderá también a diseminar este resto de patriotas constantemente en movimiento. Consentirá incluso en colocarles dentro de la administración, para que no formen reuniones que puedan ser peligrosas, y para que se transformen en hombres vinculados al gobierno y al orden establecido. En fin, como nada fulminante será publicado contra los depositarios de la autoridad, el pueblo, ya fatigado e indiferente, agobiado por la miseria que no dejarán de acrecentar, no pensará más que en el pan. Dejará organizar todo lo que se quiera, sin oponer ningún obstáculo. Es de esta forma como deben esperar que el despotismo absoluto, sea aristocrático, sea real, podrá colocar fácilmente sus bases y fortalecerse a perpetuidad. ¡Y todo ello será el resultado de nuestra famosa táctica, de nuestra política incomparable!

Aquí, invito al lector a un momento de suspensión. Lo invito también a intensificar la atención y la calma. Tiene necesidad de ello para apreciar las importantes cosas que me quedan por decir. No se hacen a menudo periódicos como este; y menos un número como este; no se pueden hacer, con este carácter, en circunstancias más críticas; en fin, no se pueden hacer de ese tipo cuando el poder ejecutivo está suscrito a ellos con seis mil ejemplares.

Y cuando se escribe como yo lo hago y como lo haré, no hay necesidad de escribir durante mucho tiempo. Se es útil, inmensamente útil, o bien no se es en absoluto, con la probabilidad de no serlo jamás. Quizás este escrito sea el último de los míos. ¡Cuánto lo desearía!

Se habla de realismo. Se ha dicho que yo había podido servirle sin querer, al excitar una reacción contra los llamados terroristas, que puede hacer perder de vista aquella bien legítima contra los que quieren la monarquía. El realismo está mucho más cerca de nosotros que todo eso. Está en la horrible hambre facticia, en la penuria universal que nos asedia. Está en este mismo silencio que ustedes, patriotas, guardan, a la vista de tantos atentados organizados. El pueblo, ya lo he repetido, no ve más que miseria y opresión en la República y los republicanos. ¿Cómo quieren que no les tomen aversión? La realeza, siempre alerta, le susurra que ella está presta a darle tranquilidad, paz y abundancia. ¿Cómo quieren que no la prefiera? ¿No es ciertamente servir a la realeza, el no contradecirla, callarse, y no mostrar, en el sistema de gobierno popular, un incentivo preferible al ofrecido por el trono?

He ofrecido este incentivo preferible, cuando solemnemente me he comprometido con el pueblo a mostrarle el camino de la felicidad común; a guiarlo hasta el fin, a pesar de todos los esfuerzos del patriciado y del monarquismo; a hacerle conocer el porqué de la revolución; a probarle que esta puede y debe tener por último resultado el bienestar y la felicidad, la suficiencia de las necesidades

de todos. (Vean mi Programa.)

¿Qué sería y qué se diría de mí, si no cumpliera este compromiso que he contraído, y que fue acogido con un sentimiento tan vivo? No, quiero mostrar que lo he suscrito seriamente.

Pero, ¿cómo satisfacerlo si me viera dificultado en los medios? ¿Cómo se quiere que tenga éxito si me viese dificultado en los medios de un escritor, la independencia absoluta de su pluma?

Maximilien Robespierre, este hombre que los siglos apreciarán, y cuyo juicio corresponde a mi libre voz poner de relieve, les diría si un papel principal como el mío, puede realizarse con el pensamiento encadenado.

*El secreto de la libertad, dice, consiste en esclarecer a los hombres*⁶.

En todos los tiempos se ha visto a aquellos que gobiernan atentos a apoderarse de las publicaciones públicas, y de todos los medios de dominar la opinión⁷. Por ello exclusivamente la palabra *gaceta* se ha hecho sinónimo de novela, y la historia misma es una novela⁸. El gobierno no se conforma únicamente con tomar a su cargo el cuidado de instruir al pueblo, se lo reserva como un privilegio exclusivo, y persigue a cuantos se atreven a hacerle la competencia⁹. Se puede juzgar, con eso, cuánto la mentira aventajará a la verdad. La mentira viaja con los gastos pagados por

6. Robespierre, Maximilien, *Cartas a sus comitentes*, N° 6.

7 He conocido esto por la propuesta de seis mil suscripciones.

8 Un joven que hace el *Orador Plebeyo*, y se mete a dar consejos, aparentemente sabe esto, ya que en la página 8 de su primer número me recrimina el no querer que mi periódico sea una novela. Según él, habría tenido que prestarme a las circunstancias, consultar el orden del día y andar de concierto con las otras plumas republicanas. Volveré sobre estas expresiones que son preciosas.

9 Lo sé bien.

el gobierno; vuela sobre el viento; recorre, en un abrir y cerrar de ojos, un vasto imperio; se encuentra a la vez, en las ciudades, en el campo, en los palacios, en las cabañas; en todas partes está bien aposentada y bien servida; se la cubre de caricia, de favores, de dinero¹⁰. La verdad, por el contrario, anda a pie y a pasos lentos; se arrastra con pena y a su cargo, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea; está obligada a sustraerse de la mirada celosa del gobierno; tiene que evitar a la vez, los funcionarios, los agentes de policía y los jueces¹¹; es odiosa a todas las facciones. Todos los prejuicios y todos los vicios se amotan a su alrededor para ultrajada. La necesidad la desconoce o la rechaza. Aunque brilla con celestial belleza, el odio y la ambición afirman que es fea y horripilante. La hipócrita moderación la llama exagerada, incendiaria; la falsa cordura la trata de temeraria y de extravagante; la pérfida tiranía la acusa de violar las leyes y de trastornar la sociedad¹². La cicuta, los puñales, son el precio ordinario de sus lecciones saludables; frecuentemente expía sobre el patíbulo los servicios que quiere hacer a los hombres. ¡Feliz si en su trabajosa carrera encuentra algunos mortales esclarecidos y virtuosos que le dan asilo, hasta que el tiempo, su fiel protector, pueda vengar sus ultrajes! ¡Pues bien! Sean cuales fueren los peligros que acompañan a la promulgación de la verdad, ya que es tan estimable en el fondo, y que puede proporcionar tan grandes bienes, no dejaremos de consagramos a ella. Los campeones del sistema aristocrático, y los patriotas que engañan, publican que formamos una facción de imprudentes. Yo digo que ellos componen

10 Lo que hubiera sucedido con la novela que querían de mí, a seis mil ejemplares.

11. Tal es ya la suerte de mi *Tribuno*, porque no es una novela. Pero no importa. Trataremos de que nuestras verdades salven todos los obstáculos, y con un poco más de pena y de lentitud, llegarán.

12. Tal es la historia de mi *Tribuno*.

una facción de adormecedores. Los instigadores de esta última quieren acostumbrar al pueblo a alabar lo que no es para alabar, porque saben que la multitud no instruida es un ser de costumbres, y que doblegándola al respeto de lo que ellos quieren estabilizar, consolidarán seguramente su imperio; tanto más cuanto que calculan el efecto del cansancio y del alejamiento de toda innovación, que han conseguido hacer temer, con experiencias funestas. Tenía razón, el aristócrata o el realista de Versalles, que ha escrito a Louvet que no estaría mal que aquellos que quieren lanzar el descrédito sobre el sistema de gobierno actual, lo atacasen antes de que haya podido adquirir la fuerza necesaria para resistir por sí mismo a sus agresores. Déjenle ganar la confianza, y que el despotismo sea lo bastante hábil para dar un poco de pan, y este gobierno estará apuntalado para la eternidad. Estimen primero este sistema en su justo valor; tengan la valentía de colocarlo en su sitio y de decirle al pueblo todo lo que piensan de él; y después, pruébenle que la democracia, que él ha querido conquistar, en lugar de un poco de pan le asegurará la cantidad suficiente, así como de todo lo que le es necesario... y pueden estar seguros de que harán prevalecer su sistema sobre los de sus diversos enemigos, y de garantizar la victoria del pueblo sobre él mismo.

Presten atención que, en este momento preciso, tres partidos, el realista, el aristócrata y el demócrata se aprestan a disputarse la victoria del pueblo. De los tres, el que sepa garantizar próximamente una situación mejor, el que muestre mejor por adelantado los medios de garantizarlo, tiene asegurada la victoria.

Pero no hay que retrasarse. Hay que pensar que estamos en la brecha; que el pueblo espera con impaciencia, que no puede, en efecto, esperar por más tiempo; y que tomará una deliberación precipitada en favor de cualquier partido.

¡Que sea por el del pueblo! Que para llegar a ello, los demócratas tengan con ellos al pueblo. Para tenerlo,

que le demuestren que los patricios, los ricos, no le darán otra cosa que lo que siempre le han dado: ¡misericordia! Que le hagan ver de cerca, tocar esa verdad, que únicamente la democracia puede asegurarles su felicidad, que únicamente ella puede hacer cesar súbitamente este estado de extrema miseria, que no puede aguantar más. Que se le demuestre esto enseguida, y enseguida el pueblo se despertará, aunque esté profundamente adormecido, y será conquistado para él mismo y para sus verdaderos defensores.

La urgencia es tanto más imperiosa, cuanto que se asegura que el realismo está en condiciones de organizar un movimiento, cuyo pretexto será esta hambre terrible, este latrocinio de carestía universal, que él mismo ha creado. Debemos impedirselo, y por ello no tenemos tiempo para perder.

¡Ambiciosos de todos los sistemas! ¡Se engañan una vez más! Sus planes no les saldrán bien, y su atrocidad, llevada a su extremo, servirá para poner término a tales fechorías sin posible semejanza.

¡Patriotas! Están algo desalentados, y aun me atrevo a decir que algo pusilánimes. Están asustados de su reducido número y temen no tener éxito. Pero acaban de ver, y todo lo que están viendo lo dice, que ya no se puede retroceder. ¡Vencer o morir! No olviden que este fue nuestro juramento. Sus enemigos los empujan a la acción; ¡yo también! Procediendo de distinta forma a la que ellos esperan, emplean el último medio de salvar a la patria. Los haré ser valientes, a pesar de ustedes, si es necesario. Los forzaré a luchar contra nuestros comunes enemigos.

¡Hombres libres! Yo no soy nada prematuro. No saben todavía cómo y dónde quiero ir. Pronto comprenderán por qué camino voy; y, o no son en absoluto demócratas, o lo juzgarán bueno y seguro. Obreros somos pocos, es verdad, pero reuniremos pronto los necesarios. ¡Patriotas! Voy a terminar de traicionar lo que ustedes llaman *su secreto* y con ello pretendo con-

tribuir a salvarlos. ¿Se acuerdan de las dos cartas de las cuales les he hablado más arriba? Voy a publicarlas. Son de dos hombres a quienes tengo en estima, los cuales no podrán enojarse por mi infidelidad más que si, contra una poderosa esperanza que me atrevo a dar casi por certitud, no contribuyo con ello a salvar a la patria. Remito las dos cartas en la nota siguiente¹³.

¡Patriotas! He hecho todo para que reconozcan, profundamente convencidos, que detestan el régimen aristocrático al cual estamos encadenados, y para hacerles ver, de forma igualmente manifiesta, que solo suspiran por el retorno de la democracia que ya habían conquistado. Lo he hecho porque he creído que era el momento en que se debe emprender el combate entre ustedes y los pérfidos enemigos de ese régimen equitativo. Combate que es ya para vosotros forzado. Esto es lo que yo he querido. Debe hacerse a la fuerza, digo, porque sus enemigos no pueden desconocer, y ustedes mismos no pueden ya disimular, aquello que nosotros queremos.

Ya no tenemos segunda intención. He creído, y

13. 18 Brumario. Admiro tu abnegación y deploro tu delirio ... - Te estimo y te desapruebo.- Nuestra finalidad, nuestro deseo se asemejan perfectamente, y nuestras opiniones se diferencian.- Puedo equivocarme, pero yo deseo que el resultado de tus trabajos sea la felicidad pública y tu propia felicidad.- Te quiero sinceramente, sin estar de acuerdo contigo, porque estoy convencido de que tus intenciones son puras. Firmado, L. / 19 Brumario. Tu primer número ha sido leído ante una sociedad de patriotas, que, como tú, han sido víctimas de su amor por la libertad; te escribo en su nombre. Hemos temblado leyendo los pasajes donde atacas la constitución del 95. Conocemos nuestras desgracias; apreciamos igual que tú esta constitución. Pero has cometido una imprudencia imprimiendo lo que sabemos todos. Amigo mío, no es el momento. Presta atención, tú te debes a tus conciudadanos, tú debes tus luces a este pueblo que amas, pero debes considerar, etc. No desdeñes los consejos de quienes han derramado lágrimas sobre tu cautiverio, etc. Firmado, B.

sigo creyendo, que si dejamos escapar este momento para actuar, pronto nos quedaremos sin la esperanza de recobrar ese estado de libertad y felicidad por el cual tantos sacrificios hemos hecho. Que el gobierno, tan halagado por los republicanos, y que los patricios con los realistas odian tan cordialmente; que el gobierno justifique la esperanza de unos, y pague al odio una retribución merecida. Que facilite, en vez de obstaculizar, los movimientos necesarios para hacer devolver al pueblo todos sus derechos. Que los miembros del Directorio ejecutivo tengan bastante virtud para minar su propio establecimiento.

Que lo ejecuten de buen grado, y que sean los primeros en desdeñar todo ese andamiaje de aristocracia superlativa, esta institución gigantesca que se sostendrá con dificultad siempre, porque contrasta demasiado con los principios por los cuales hicimos la revolución. Que arrojen todo este aparato, que aparten toda esta pompa veneciana, esta magnificencia casi real, que escandaliza nuestros ojos ya acostumbrados a no admitir más que lo que es simple y lo que refiere la pura igualdad. Que protejan, en lugar de perseguir, aún, a los apóstoles de la democracia, y que dejen que se predique con toda libertad, la santa moral¹⁴. Que sean tan grandes como lo fueron Agis y Cleómenes en semejantes circunstancias...¹⁵

14. En este caso, recibiría las seis mil suscripciones, y el papel de Fouché de Nantes se ennoblecería.

15. Es sabido que en Esparta había dos reyes o miembros del directorio ejecutivo. Nuestro número de cinco es la proporción guardada por la mayor extensión de la República francesa. Agis y Leonidas reinaron al mismo tiempo. Agis, aunque fuese rey, emprende el restablecimiento de las sublimes y muy populares instituciones de Licurgo, que la corrupción y el tiempo habían hecho desaparecer. Leonidas, su colega, se opone a tales meritorios esfuerzos. Una guerra bastante larga comienza entre los dos reyes. Agis sucumbe; muere. Agiatis, su mujer, se casa con Cleómenes, hijo de Leonidas, enemigo y verdugo de su primer esposo. Pero ella logra

¡Hagamos otro alto! En todo lo que precede no hemos hecho más que justificarnos de los reproches que se nos han formulado de no tener razón al defender la causa de la libertad violada y de los derechos del pueblo secuestrados, con los grandes principios. Nos han obligado a escribir un pequeño volumen para probar que no era un crimen hablar del restablecimiento de la democracia, y que no era indiscreción hablar de ese restablecimiento en el presente. Llega el momento de dar cabida en este número a los hechos. Es hora de hablar de la democracia misma; de definir lo que nosotros entendemos por tal; y lo que queremos que nos proporcione; de concertar, en fin, con todo el pueblo, los medios de fundarla y mantenerla.

Se equivocan aquellos que creen que yo no me muevo más que con la intención de hacer sustituir una constitución por otra. Tenemos más necesidad de instituciones que de constituciones. La constitución del 93 había merecido aplausos de todas las gentes honestas, porque preparaba el camino a las instituciones. Si con ella esta finalidad no hubiera sido alcanzada, habría dejado de admirarla. Toda constitución que deje subsistir las antiguas instituciones humanicidas y abusivas cesará de causarme entusiasmo; todo hombre llamado a regenerar a sus semejantes, que se arrastre penosamente en la vieja rutina de las

entusiasmar el alma de Cleómenes con el anhelo de terminar la gloriosa empresa que Agis había comenzado. Cleómenes consigue poner este proyecto en ejecución. Los lacedemonios encuentran en él un nuevo Licurgo, y disfrutan otra vez del beneficio de la adorable democracia. ¿Hay Cleómenes o Agis en nuestro directorio? Si existen, que se pronuncien e impongan silencio a los Leonidas. Con esta única condición pueden expiar el crimen de haber aceptado un empleo cuya institución consagra la usurpación de la soberanía del pueblo. Si todos son Leonidas, todos, de acuerdo con el principio republicano, merecen la muerte. La de Luis XVI no fue especialmente motivada más que por ser rey. Todo hombre que lo sea, poco importa el nombre con que se encubra, debe esperar el mismo fin.